

Ramón J. Sender, entre dos revoluciones
(1932-1934)

Antonio Elorza
Universidad Complutense de Madrid

N'importe! Il se trouvera bien, dans l'avenir, quelques misérables pour ramasser cette ordure dans la boue et la rejeter contre moi, le jour où je serai désarmé par la défaite, la proscription —ou la mort. (Jules Vallès, *L'insurgé*)

En la última página de *Madrid-Moscú* Ramón J. Sender nos presenta la figura del viejo *communard* al que conoció en París, de paso para Moscú, quien asistía a todos los actos obreros para poder lanzar el grito de «¡Vive la Commune!». Así el viejo, comenta Sender, «vitoreaba a su propia juventud, encendida y poderosa». «Esa sinceridad —concluye— no es más que cierta lealtad biológica a sí mismo». Todos sabemos que Sender no guardó esa lealtad. El profundo anticomunismo derivado de su experiencia en la guerra se transformó en una abierta incomodidad, visible en las alteraciones introducidas en su obra capital del periodo revolucionario, *Siete domingos rojos*. «Una novela, como un poema, no está acabada mientras vive su autor», se justifica Sender en 1970 al presentar su mutilada segunda edición. El hecho es que desaparecen en ella tomas de posición que en el texto inicial permiten encontrar algunas claves de su paso al comunismo. En su conocida carta a *Ínsula* de diciembre de 1955 Sender se

EL LUGAR DE SENDER

limita a reconocer la menor: «en mi juventud simpatiqué con esa secta». Hoy ese trayecto del anarquismo al comunismo en Sender no supone novedad alguna. Si me atrevo a volver sobre la cuestión es por el hallazgo de un informe del delegado de la Internacional Comunista en España, Víctor Codovilla, donde se reseña puntualmente la postura, ya problemática, de Sender a su regreso de la peregrinación a la URSS. Creo que a través de ese texto se perciben mejor los elementos de continuidad en ese gran viraje y también, más allá de nuestro autor, el papel asignado a los intelectuales —y la persistente desconfianza ante los mismos— por parte del estalinismo, lo cual a su vez puede contribuir al entendimiento de la violenta confrontación posterior.

EL ANARCOBOLCHEVIQUE

En los primeros meses de 1932, la Confederación Nacional del Trabajo vive una doble crisis: la confrontación entre revolucionarios faístas y moderados o «treintistas» por el control de la organización, y el enfrentamiento con el Estado, con gran número de militantes deportados o en prisión. En enero, los sucesos del Alto Llobregat habían puesto en el orden del día la proclamación violenta del comunismo libertario. La insurrección anarcosindicalista no es ya una posibilidad sobre cuya pertinencia se discute, sino un hecho, aunque aún embrionario. Es un «ensayo», dentro de la estrategia de «gimnasia revolucionaria» que Juan García Oliver, el cerebro del grupo-líder, el de Durruti y Ascaso, propugna para derribar rápidamente a la República e implantar la nueva sociedad. «No olviden los compañeros —advierte García Oliver a fines de marzo, desde la prisión celular de Barcelona, y en el semanario faísta *Tierra y Libertad*— que el gran problema de la reconstrucción económica y moral del mundo, sólo puede encontrar solución mediante la acción revolucionaria de las multitudes impulsadas por el afán de conquistar los medios de producción y enseñanza. Fuera de la revolución proletaria, todos los caminos están cerrados». Era una consideración apoyada en «la experiencia comunista libertaria del Alto Llobregat», tras la cual «nuestros pechos deben desbordar de entusiasmo» (*Tierra y Libertad*, 8 de abril de 1932).

Es el marco y la tendencia en que se inscribe el clima revolucionario descrito en *Siete domingos rojos*. Los dirigentes «treintistas», como Juan Peiró y Ángel Pestaña, partidarios de asentar por encima de todo el crecimiento de la CNT, sin lanzarse a insurrecciones prematuras, se encuentran atrapados por la presión faísta y por la escasa sensibilidad del Gobierno republicano-socialista respecto de las divisiones internas de la CNT. Si bien es cierto que Manuel Azaña nunca dijo lo de «tiros a la barriga» con relación a Casas Viejas, sí afirmó, con ocasión del alzamiento del Alto Llobregat, una línea de represión a ultranza, compartida por todos sus ministros, con la honrosa excepción de Fernando de los Ríos. «Mostré mi reso-

lución de proceder con toda rapidez y con la mayor violencia a reprimir la rebelión —anota Azaña en su cuaderno sobre el Consejo de Ministros de 23 de enero de 1932 (*O. C.*, IV, p. 311)—. Como Fernando me oyó decir que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano, quiso disentir; pero yo no le dejé, y con mucha brusquedad le repliqué que no estaba dispuesto a que se me comiesen la República». El 12 de febrero, Azaña rechaza las peticiones de Companys en favor de los deportados anarquistas del buque *Buenos Aires*. Las deportaciones traerán como consecuencia el terrorismo, advierte Companys. El 27 de febrero, quien le visita es el dirigente moderado Ángel Pestaña, pidiendo «clemencia» para los deportados. También sin efecto. «Casi no le he dejado hablar», consigna Azaña. En tales circunstancias, la imposición de los partidarios del anarquismo insurreccional era inevitable. Por otra parte, Sender tiene elegido su campo: el anarcosindicalismo como táctica de lucha para mejorar la condición económica de los trabajadores y, en todo caso, preparar a los sindicatos para una revolución a largo plazo no le suscita el menor entusiasmo. Su apuesta se sitúa en el campo de los revolucionarios.

Es lo que demuestran sus dos últimos artículos presentados como «Problemas interiores», publicados en *Solidaridad Obrera* en abril de 1932. Es el mes en que tiene lugar la conferencia regional de los sindicatos cenetistas en Sabadell, con un enfrentamiento áspero en que se imponen los faístas y los sindicatos locales se retiran de la reunión. Pero a Sender la polémica interna no le interesa. Encuentra inevitable la hegemonía de la FAI dentro de la Confederación:

Núcleos de militantes con un sentido político de organización y con el instinto de la ofensiva se crearán obligados a salir de una vez de los cauces demasiado estrechos de lo legal y a emprender la ofensiva por su cuenta. Como esa posición constituye para la C. N. del T. una necesidad biológica, es natural que la FAI u otra organización que tenga sus mismos estímulos, sea asimilada inmediatamente. («La C.N.T. y la ofensiva revolucionaria», *Solidaridad Obrera*, 2 de abril de 1932)

La posición de Sender se inserta en el vitalismo revolucionario, enfoque biologista que tenía muchos adeptos dentro de la propensión habitual en el anarquismo a justificar cada argumento desde una analogía con el campo de las ciencias naturales. El más famoso de los folletos que en 1932-1933 divulga las doctrinas del anarquismo hispano, *El comunismo libertario. Sus posibilidades de realización en España*, del médico Isaac Puente, se apoya también en la idea de que la llegada de la sociedad anarquista surge de una necesidad biológica, incubada en el interior del orden capitalista. Sender también coincide con Puente en la consideración de un doble sujeto de esa revolución, los sindicatos en el medio urbano y los municipios libres en el medio rural. Pero difieren claramente en el papel de la organización. Puente pone su programa al servicio de la espontaneidad. Sender juzga en cambio que la revolución sólo puede llegar como

EL LUGAR DE SENDER

consecuencia de un esfuerzo de organización del que se deriven consignas muy claras que deberán asimilar los trabajadores. Es un anarcobolchevique, que no puede evitar la introducción de elementos tácticos procedentes del campo comunista en las propuestas revolucionarias dirigidas a la CNT y a la FAI. El propio empleo del término «consignas» es ilustrativo de esa captación.

La revolución es vista por Sender, no como un ensayo afortunado que arrastrará una serie de explosiones también revolucionarias por simpatía, sino como una confrontación militar entre los anarquistas revolucionarios y el Estado. El término «ofensiva» aparece en los artículos una y otra vez para aludir al comportamiento necesario de la CNT.

El principal obstáculo para esa actuación militar de la CNT-FAI surge a su juicio de la dimensión utópica que asume el anarquismo revolucionario. Las discusiones sobre el bien absoluto, la justicia, la organización de la sociedad tras la revolución, envuelven a los anarquistas y les sirven de coartada para evitar el planteamiento de los complejos problemas que entraña la adopción de una estrategia revolucionaria. La fe en el futuro libertario se traduce en 1932 en una preocupación creciente por las formas que ha de asumir ese orden social tras la revolución. Además, hay que fijar los rasgos del paraíso para competir con los comunistas, que lo tienen, y con rasgos mucho más verosímiles, merced a la imagen cada vez más consolidada de la Unión Soviética como un nuevo mundo en construcción. En CNT de Madrid, el 17 de noviembre de 1932, el anarcosindicalista gallego José Villaverde dejaba constancia de esa atención preferente que se prestaba a las cuestiones de la organización posrevolucionaria. «Hoy no hay tertulia, conversación o polémica —constata— que no tenga un rato para dedicarlo al estudio de las posibilidades de implantación del comunismo libertario». Era algo que Sender no podía soportar: «la línea de combate se puede establecer entre inteligencias firmes, no entre hombres que siempre discuten y siempre están de acuerdo». El recurso a la utopía constituye una cortina de humo que acaba actuando como obstáculo para la revolución. Genera un «sonambulismo revolucionario» en que se pierde la rebeldía difusa de los cenetistas.

A pesar de su determinación, la FAI no se libra del cerco que en torno al anarcosindicalismo trazan los dogmas estériles. Sender admite los dogmas, pero siempre que éstos enlacen con la praxis revolucionaria. De otro modo el dogma radical lo único que genera es el fanatismo y a partir de ahí se va hacia otra vía muerta en el difícil camino de la revolución. «Pero la FAI, como cualquier otro sector en su caso —advierte— tropezará con una insuficiencia orgánica de la CNT determinada por la rigidez de sus dogmas. Son indispensables éstos para aglutinar y agrupar. Pero es muy diferente el plano doctrinal en el que se han consagrado del de la acción» (*Solidaridad Obrera*, 2 de abril de 1932). Los dogmas han de articularse con la acción revolucionaria, pero los de la FAI quedan fijados en un orden sacralizado y desde ahí sólo pueden producir fanáticos. «Y un fanático

ANTONIO ELORZA

—concluye— es la materia prima para un revolucionario, pero no es, ni mucho menos, un revolucionario».

La posición de Sender en 1932 puede definirse como un raciovitalismo revolucionario. Por supuesto, empleando raciovitalismo en un sentido muy diferente al de Ortega y Gasset. El núcleo es indudablemente el elemento vitalista, que se deriva de la mencionada concepción biológica del organismo social. El impulso de realización personal, estrictamente natural, constituye el agente que pone en movimiento los comportamientos de los individuos, la acción social. No existe componente religioso ni metafísico en esa acción. El amor es una cuestión de genitales derivada del sexo y Dios es una ficción a la que es preciso tomar en consideración exclusivamente por el impacto social que se deriva de la creencia. El individuo es el motor de la dinámica social, pero no se mueve en el vacío, sino dentro de una red de relaciones sociales, de modo que su acción carece de sentido si no intenta repercutir en una acción colectiva. Incluso la ficción de Dios ha de ser tenida en consideración por el hecho de que una multitud de creyentes la hacen real. Como define cuatro años más tarde en el artículo «El novelista y las masas», publicado en *Leviatán* en mayo de 1936:

El principio vital está en nosotros, pero sólo puede manifestarse en relación con las necesidades y las aspiraciones colectivas. Al hombre aislado no le sirve de nada. (*Leviatán*, mayo de 1936, p. 32)

Para a continuación insistir:

La naturaleza nos presenta el principio vital, no como hombres aislados, como creaciones perfectas, que tienen su fin en sí mismos, sino como cadenas de un eslabón, como elementos de la especie humana. [...] El principio vital es perfectamente social en todas sus manifestaciones. (*ibid.*, p. 33)

De este modo, el fundamento anarquista se mantiene a partir del individuo o, mejor, del impulso individual, como motor de los comportamientos sociales. Pero esa centralidad del sujeto individual supone la inserción en un orden colectivo. El componente individual prevalece, pero requiere para su práctica la mediación social. No hay, pues, revolución individualista: la revolución es un proceso colectivo que arranca del individuo. La perspectiva es estrictamente materialista, lo cual explica el recurso al marxismo como instrumento de comprensión, pero dentro de una acepción biológica, casi darwiniana. La revolución surge de la necesidad de suprimir la sociedad burguesa y de sustituirla violentamente por un nuevo orden social regido por esa articulación de empuje individual y praxis colectiva. Es el «dobla» con que Sender encara la muerte de don Fidel o la visión determinista que acompaña el suicidio de la novia burguesa de Samar en *Siete domingos rojos*. No hay lugar para la compasión ni para el sentimiento, valores burgueses. La nueva sociedad surgirá de la violencia revolucionaria, administrada con total frialdad. Y utilizando recursos racionales. De ahí la calificación de raciovitalismo o de vitalismo

EL LUGAR DE SENDER

racionalista. El engarce del empuje individual con la acción colectiva no puede surgir del azar o de cualquier tipo de comportamiento. La razón entra en juego para designar los medios que deben emplearse en la actuación revolucionaria:

El mejor producto humano no es nunca un mito individualista, como es Dios, sino un hombre con su razón y sus instintos en armonía, capaz de muchas altas empresas, pero ninguna superior a la creación en común. (*ibid.*, p. 33)

Es una perspectiva estrictamente anarcobolchevique. El énfasis puesto en los medios, la organización y la racionalización de la praxis, dentro de un contexto materialista, evocan el planteamiento comunista. Esta adhesión se ve reforzada por otra que pronto ha de explicitarse, la prestada al ejemplo soviético de construcción del socialismo. Pero no se consuma el paso hacia el comunismo político. Obviamente la instancia parlamentaria, pero también la forma partido, quedan fuera del enfoque revolucionario de Sender. Basta con esa vinculación entre lo individual y lo colectivo, mediante los procedimientos incorporados a partir del arsenal comunista. Por el momento, los agentes de la revolución coinciden aún con el anarcosindicalismo. Son el sindicato en la ciudad y el municipio libre en el campo. Sólo que ahormados por una concepción política de la revolución, bajo el doble signo de la organización y la disciplina de tipo militar.

Para cerrar el círculo, únicamente falta la afirmación de una homología existente entre las dos esferas de la acción. El individuo actúa de acuerdo con los resortes que se forjan en la vida social (el interés, la violencia, el amor) y por su parte la sociedad experimenta las peripecias propias de un organismo humano. Incluida la muerte. Por encima de todo la muerte. Las acciones individuales pueden ser así presentadas como otras tantas ilustraciones de los comportamientos propios de los grupos sociales y los acontecimientos asumen un valor simbólico, cuyos restos dependen del proceso social en su conjunto. El análisis del anarcobolchevique Sender rompe así necesariamente con el anarquismo de acción, con el cual comparte la centralidad de la praxis militar, pero del que le distancia su concepción materialista, contrapuesta al idealismo y a la fe en la espontaneidad revolucionaria, elevados además por los faístas como García Oliver o Durruti al rango del fanatismo. Las ideas de articulación y de impulso racionalizado son fundamentales para entender su concepción revolucionaria. Sin el resorte de la afirmación individual, orientada al cambio en la sociedad, no existe posibilidad de activar una dinámica revolucionaria. En este punto la lección anarcosindicalista es clara, por contraste con la deriva burguesa de los socialistas. Pero, una vez puesto en marcha, el impulso debe integrarse en una actuación que resulte de una práctica colectiva y el enlace entre ambas, la articulación, sólo puede venir de una concepción revolucionaria materialista. Es lo que Sender cree encontrar, con perfiles muy difusos, en el marxismo.

La experiencia del salto adelante en la actuación de rebeldía social por parte de la CNT-FAI, con sus reiterados fracasos en los primeros meses de 1932, le parece a Sender una confirmación inequívoca de sus planteamientos. Los artículos teóricos de *Solidaridad Obrera*, en marzo-abril de dicho año, encontrarán un campo de aplicación a través de la ficción literaria de *Siete domingos rojos*, «la gran novela de la pre-revolución española», según la propaganda del momento. Es al mismo tiempo un elogio, un réquiem y un llamamiento. Un elogio de la personalidad de los anarquistas revolucionarios que no dudan en entregar la propia vida a la causa que defienden. Es la materia prima de la revolución social. Pero también se trata de un réquiem por el proyecto revolucionario anarquista basado en la instrumentalización de la CNT. Los planteamientos doctrinales, el fanatismo y la falta de organización eficaz son otros tantos factores de estrangulamiento. El faísmo es una vía muerta para la revolución. Y, en fin, es un llamamiento, a través de las elaboraciones teóricas y la ejemplaridad del protagonista Samar —trasunto del propio Sender—, para que esas energías se traduzcan en el necesario derrumbamiento del orden burgués. La combinatoria narrativa conjuga el reportaje, con la adaptación de episodios reales de la lucha social, y los movimientos biomecánicos de los personajes principales, que remiten mediante asociaciones elementales a su posición en el conflicto social. Al lado de Samar/Sender, la adolescente Star García lleva en su nombre el instrumento imprescindible de una revolución moderna, el arma de fuego, y a través de su frescura de adolescente luchadora es la encarnación del futuro revolucionario. Su complemento es la figura gris del anarcosindicalista Villacampa, del Sindicato Mercantil, que acaba convirtiéndose en el compañero de la huérfana Star y que también es portador en su nombre de los dos componentes del proceso revolucionario, el urbano y el rural. No menos cargados de simbolismo están los nombres de los tres obreros anarquistas muertos al iniciarse la narración: Progreso (la marcha de la historia), Espartaco (el nombre del grupo de Sender, la rebeldía organizada) y Germinal (el sacrificio de la lucha como anticipo del futuro). En la primera fila, el único protagonista burgués es la heroína desgraciada, Amparo, nombre que por una trágica coincidencia histórica es también el de la esposa de Sender, que en 1936 será fusilada por los franquistas. Amparo encarna en la ficción la imposibilidad radical para la burguesía de escapar a su extinción necesaria. La relación con el revolucionario Samar no puede salvarla, es más bien su sentencia de muerte. La revolución, entendida como extinción de la burguesía, es un hecho biológicamente necesario. Su ley inexorable se aplica al amor de Amparo hacia Samar y la lleva a la autodestrucción.

Pero una cosa son las peripecias individuales y otra el curso de la historia. La línea general de evolución de las sociedades puede encaminarse hacia la mutación revolucionaria, pero es preciso que los impulsos de ruptura encuentren la canalización adecuada. En este sentido, el mensaje de *Siete domingos rojos* no es sino el desarrollo a través de la ficción de las posi-

EL LUGAR DE SENDER

ciones expresadas en la serie de artículos que bajo el denominador común de «Posiciones interiores» publica en *Solidaridad Obrera*, especialmente en los aparecidos el 22 y el 29 de marzo de 1932. A partir de una constatación del despilfarro de energías revolucionarias por parte de la CNT, Sender apunta al federalismo (es decir, a la ausencia de mecanismos centralizados de decisión) como causa de tales insuficiencias. «Ofrecemos nosotros frentes diversos en fuerza, con acción incongruente, consignas distintas y, naturalmente, con tal indecisión e inseguridad, que el fracaso lo prevé el militante menos experto» («El vicio federalista», *Solidaridad Obrera*, 29 de marzo de 1932). El federalismo puede servir como fórmula de actuación posrevolucionaria, pero «nada tiene que hacer en tiempos de lucha contra el capitalismo». Sender es partidario de la ofensiva revolucionaria, de modo que se distancia en este punto esencial de su estimado Juan Peiró, con quien comparte en cambio la perspectiva «industrialista», con el municipio rural como elemento de sustitución allí donde no hubiera sindicato de industria. Pero en la ofensiva citada para derribar el capitalismo lo esencial es lograr la articulación entre la CNT y la FAI. «Falta una “teoría de acción y de coordinación”, una doctrina realista que sirva de vehículo y de lazo de unión entre la realidad material de la Confederación Nacional del Trabajo y su espíritu anarquista, que podría representar y representa, sin duda, la FAI» («Reflexiones sobre la crisis de la CNT», *Solidaridad Obrera*, 22 de marzo de 1932). Esa ausencia es la raíz del fracaso:

Como nos falta ese instrumento, se da constantemente el caso de que la fusión y el acoplamiento de esas dos corrientes es imposible a la hora de actuar. Y así, mientras la FAI divaga en la generosidad de lo heroico, del esfuerzo por sí mismo, de la revolución en abstracto, la CNT se adormece en la inercia de la gran masa, sin que acabe de prender en ella el impulso de una acción revolucionaria verdaderamente eficaz. Vienen como consecuencia las fluctuaciones, los contrasentidos, los levantamientos sin objeto, las revoluciones localizadas y sofocadas, un gasto, un derroche de energía que empobrece y que puede llegar a incapacitar definitivamente a la CNT como central sindical revolucionaria. (*ibid.*)

Con la exigencia consiguiente de una renovación doctrinal basada en la disciplina. Los sobresaltos insurreccionales del anarcosindicalismo son triunfos morales, pero logrados «a base de perder la sangre más viva y fecunda de la Confederación Nacional del Trabajo». Por eso, declara, «no los queremos». «Otros son los que se imponen ya —concluye— y otra la sangre que los ha de rubricar» (*Solidaridad Obrera*, 12 de marzo de 1932).

Siete domingos rojos arranca de un hecho emblemático: el tiroteo entre los anarquistas y la Guardia Civil tras un mitin sabotado. Quedan en tierra los cadáveres de tres obreros, Progreso, Espartaco y Germinal, otros tantos símbolos de «una realidad humana verdaderamente generosa», tal y como califica Sender en el prólogo el mundo del anarquismo revolucionario. Se convertirán en tres planetas nuevos que desde el firmamento presiden la agitación obrera y su fracaso. En un cuadro de lucha social acéfa-

la, las intervenciones de Samar/Sender en los distintos comités apuntan siempre en la misma dirección. En la reunión de los delegados de grupos, reseñada en el capítulo XII, planea el deber para el comité revolucionario de «encauzar un movimiento hacia el triunfo y de articularlo constructivamente. «Si no queremos fracasar una vez más —explica—, hay que avanzar construyéndonos al mismo tiempo el camino», lo cual exige lanzar «las consignas netas, concretas e inmediatas para sustituir el poder burgués» (ed. de 1932, p. 216). El viejo anarquista ortodoxo se opone: hablar de sustituir un poder por otro es tanto como negar los supuestos de la acracia. Sender ridiculiza al oponente, que habla incluso de «mi ejecutoria de nobleza anarquista». Pero el hecho es que pierde la votación frente a los guardianes del comunismo libertario.

La segunda reunión reseñada, al abrirse el cuarto domingo, debe de corresponder al comité sindical, porque se menciona una comunicación del comité nacional, pero lo que cuenta es la consumación del fracaso de Samar en su intento de que la CNT adopte medidas revolucionarias, a favor de la situación de lucha. En cuanto despunta en su intervención el tema del poder, es interrumpido por otros asistentes. «Que es necesario —había dicho— comenzar a dar coherencia y cauce político a la energía revolucionaria que tan hondamente ha socavado el sistema y el poder burgués [...]». Ha de rectificar la expresión «cauce político», inaceptable para los oídos anarquistas. Y tampoco admiten la perspectiva de «un poder revolucionario» que presidiera la formación de «consejos de soldados» y la abolición de todo contrato de propiedad (pp. 272-275). Lo que propone Samar es una revolución de tipo soviético, con la única cláusula de cautela de que el poder del comité revolucionario sería transitorio, hasta la celebración de un Congreso de la CNT. Un miembro anarquista del comité rechaza «la fórmula autoritaria y política en que plantea Samar el curso de la revolución». Y la propuesta negativa vence de nuevo.

Tras la derrota, «Samar movía la cabeza y volvía la mirada hacia los horizontes cada vez más claros» (p. 277), lo que supone un apartamiento definitivo de la actitud anarquista, puramente negativa, ante la revolución. Quedan como actores positivos el propio Samar, personificación de la inteligencia revolucionaria, y Star García, símbolo de una juventud sincera en su compromiso con la violencia antiburguesa. También el sindicalista Villacampa, que acaba la novela como compañero de Star y que está limpio de los resabios burgueses que en cambio afectan a los anarquistas doctrinarios: «La revolución tiene en Star y en él una dinámica fría y ascendente» (p. 281). Volvemos a la visión del proceso social como un enfrentamiento biomecánico entre el poder en declive, el de la burguesía, que, eso sí, cuenta con una organización defensiva adecuada, y el «ascendente» del proletariado, que solamente requiere una disciplina y una organización paralelas para triunfar, mediante el uso racional de la violencia.

Samar se lo explica a los destinatarios de su mensaje, Star y Villacampa, mientras los tres se dirigen en automóvil al asalto del cuartel:

EL LUGAR DE SENDER

Mi «después» no es tal que pretenda encauzar el porvenir. Se limita a enganchar los hechos y los números en racimo. A poner un poco de aire comprimido dentro de cada proyectil, un poco de veneno en las bayonetas, a atar el telémetro en el cañón de la ametralladora y a agrupar disparos y voces para que suenen y se oigan, y hieran donde queremos herir. A clavar la cuña bajo el régimen y facilitar el derrumbamiento buscando leyes físicas propicias. Eso nada más. (pp. 281-282)

La revolución necesita su ciencia, del mismo modo que ocurre con el mundo natural, que tampoco puede pensarse a sí mismo. «La física y la química son su conciencia, como Marx es la conciencia de la rebeldía», explica Samar, dejando clara una toma de posición que, como cabía esperar, el propio Sender elimina en su calidad de censor en la edición de 1970 (pp. 286-287 y 194, respectivamente). Tampoco incluye, lógicamente, los capítulos finales, donde Sender ofrece una sucesión de reflexiones, ensueños y pesadillas culminados por la noción metafísica de que la muerte es «la única libertad posible» (p. 473). En esa maraña de pensamientos, casi siempre interrumpidos antes de cerrar el relato o la argumentación, destaca la concreción del diálogo en la cárcel entre Samar y el comunista, donde este último desarrolla la idea de que España es un país que destaca por «el lujo libertario», carente de perspectivas y que será barrido por la República. «Bueno, contesta Samar. Aunque sea así, la revolución nada pierde. Las masas encontrarán su camino al fin» (p. 466).

A fines de 1932 la ruptura con el anarcosindicalismo es, pues, completa. No hace falta que llegue el alzamiento confederal de enero de 1933, el de Casas Viejas, para que Sender emita un diagnóstico en que la CNT y la FAI quedan irremisiblemente desahuciadas en cuanto sujetos revolucionarios. Está claro que no soporta la ideología anarquista que subyace a los planteamientos insurreccionales. Al comentar el libro del socialista Antonio Ramos Oliveira *Nosotros los marxistas*, Sender lógicamente deja fuera del combate al PSOE por «oportunista» y carente de toda técnica, pero coincide con él en diagnosticar

el espíritu anarquista de los revolucionarios españoles. De todos los campos. Yo estimo, además, que ese espíritu anarquista ha imposibilitado y dificultará mucho las soluciones revolucionarias. Pero ese temperamento anarquista —la libertad, la justicia, el bien, como sentimientos, no como conceptos—, que imposibilita la formación de un criterio revolucionario *unánime* (*sic*, subrayado A. E.) o lo suficientemente fuerte para imponerse: en la Confederación Nacional del Trabajo y en la UGT. A unos les lleva al sonambulismo y a otros al colaboracionismo sin condiciones. [...] Así no se ve muy claro el porvenir. (*La Libertad*, 1 de diciembre de 1932)

En este momento, la duda impera sin reservas en el pensamiento de Ramón Sender. Queda claro aquello que se rechaza, socialismo y anarquismo doctrinal, y también se confirma la preferencia por una movilización unitaria de «los revolucionarios», basada en un criterio de unanimidad. Por este lado la propensión hacia el comunismo parece evidente. Pero

ANTONIO ELORZA

sólo hace unas semanas que se ha resuelto la crisis entre la Internacional Comunista y el grupo dirigente autóctono de Bullejos, por el momento retenido en Moscú mientras tiene lugar su expulsión. No era, pues, un panorama muy atractivo. Sender les aplica la misma valoración negativa que a otros componentes de la izquierda obrera:

Los comunistas están divididos por esa epidemia pequeñoburguesa de los personalismos y de las personalidades. No harán nada. Son en su mayor parte, los dirigentes —¿hay dirigentes?— también anarquistas.

No obstante, en ese panorama de juicios negativos, había una excepción. Al disentir de la valoración de Ramos Oliveira sobre la relación entre Marx y Lenin, Sender apuntaba a un reconocimiento de la labor revolucionaria del segundo en Rusia, en unas condiciones abiertamente desfavorables por estar ausentes las precondiciones fijadas por Marx para la revolución social: industrialización, concentración del poder económico, proletarianización. «Se están creando ahora —resume—, después de la revolución, bajo la política comunista del partido de Lenin».

DE LA DUDA AL COMPROMISO

Mientras Sender hace estas apreciaciones, la política de la Internacional Comunista experimenta un importante ajuste técnico. Los planteamientos generales no cambian por ello, sigue la táctica de «clase contra clase» y por consiguiente la consigna de preparar la revolución española a corto plazo, lo que por otra parte encajaba muy bien con las expectativas del novelista. El maximalismo se justificaba atendiendo a la lógica de una jugada de billar: «a través de la lucha contra la contrarrevolución republicana, aplastar la contrarrevolución monárquica» (*Mundo Obrero*, 25 de febrero de 1933). Las distintas fuerzas obreras, una vez destruida la influencia contrarrevolucionaria de «los jefes socialfascistas» y de «los dirigentes anarcorreformistas», confluían en un frente único por la base, articulado mediante comités de fábrica y de taller, sucedáneos de soviets, que merced a la dirección revolucionaria del partido comunista encauzarían «las masas» hacia la revolución, siguiendo el ejemplo bolchevique de octubre de 1917.

No había, pues, variaciones sensibles con relación a cuanto se venía predicando desde abril de 1931. Es más, al consolidarse las relaciones de dependencia entre Moscú y Madrid, todo apunte de flexibilización tropezaría con la intransigencia del búlgaro Stepanov, un comunista de izquierda situado en la posición estratégica del secretario del Secretariado para los Países Latinos de la IC, desde donde podía fijar las consignas y esquemas revolucionarios, así como ejercer un control intransigente sobre su aplicación. No había muchos especialistas de la IC en el tema español. Por encima de Stepanov, Manuiski, hombre de confianza de Stalin y correa de

EL LUGAR DE SENDER

transmisión del PCUS, había intervenido también decisivamente en los dos años posteriores para establecer las pautas de una estrategia revolucionaria, que a su juicio debía ser mimética de la de 1917, habida cuenta de las analogías que él creía descubrir entre la Rusia zarista y la España de la monarquía. Hasta el verano de 1932, la propensión a ejercer un control estricto sobre el PCE, por otra parte demasiado raquíutico para encabezar cualquier tipo de revolución, tropezaba con una dirección autóctona encabezada por José Bullejos, tan radical como sus patrones de «la casa», pero inclinado a seguir sus propias apreciaciones y a rechazar los intentos de tutela por parte de los sucesivos delegados que le iban llegando de Moscú. En su libro *La Comintern en España* (México, 1972), Bullejos evoca la incompetencia de algunos delegados, que venían a España sin conocer la situación del país ni el idioma, como el alemán Stocker, que en 1931 les obliga a «discutar, discutir», incesantemente. «Hubo ocasiones —relata Bullejos— en que éstos [los desacuerdos] fueron de tal naturaleza que la ruptura entre el Bureau Político y la Comintern parecía inevitable» (*op. cit.*, p. 159). La IC debía de temer el antecedente de otra ruptura, la efectuada con Joaquín Maurín en Cataluña, que supuso la pérdida de los pocos militantes que allí había, por lo que en agosto de 1932 envió a Madrid como delegado a un personaje que sí conocía el idioma y las maniobras políticas, el argentino Víctor Codovilla, procedente del comunismo de derecha pero dispuesto a aplicar cualquier directriz siempre que la gestión de la misma le abriera un margen de actuación. Mientras Bullejos y sus colaboradores están en Moscú, Codovilla se hace con el control definitivo del partido en Madrid y desde este momento hasta 1937 es el auténtico secretario general del PCE. El 2 de febrero de 1933, Codovilla explica a «la casa» las razones por las que ha elegido como secretario general del partido a José Díaz, «débil políticamente» pero con «calidades» que hacían augurar su futura conversión en «un verdadero secretario político del Partido» (Archivo del ex Instituto de Marxismo-leninismo, Moscú, 495-32-218). Mientras tiene lugar esa formación del príncipe, nunca completada, su tutor asumió todos los poderes. Así lo encuentra aún André Marty en los primeros meses de la guerra, hecho un «cacique» que lo decide todo e incluso redacta los editoriales de *Mundo Obrero*, sin dejar espacio alguno para la dirección formal, encabezada siempre por José Díaz. «El método de trabajo de Luis [Codovilla] —anota tras la caída en 1937 de Dolores Ibarri— hacía inútiles las reuniones del Buró Político, privándolas de toda importancia» (Instituto de Marxismo-leninismo, 495-74-209). Además, desde 1933 cuenta con un enlace radiotelegráfico con Moscú, al estilo de «la orquesta roja», el cual, una vez que se alcanza un funcionamiento mínimamente correcto, incrementa aún más su poder por cuanto que esa red de comunicación pasa indefectiblemente por él, tanto en la fase de emisión como en la de recepción.

No obstante, el poder personal de Codovilla ofrece algunas ventajas sobre la etapa Bullejos. Por lo menos, es un interlocutor autorizado, con

ANTONIO ELORZA

todo el prestigio que en ese momento se atribuye a la URSS, y ello le permite desarrollar un haz de relaciones que en los primeros meses de 1933 tiene por resultado un discreto incremento de la fuerza del PCE, a pesar de que los planteamientos de fondo no varíen y se mantenga un discurso de guerra sin cuartel contra el Gobierno republicano-socialista. Entre otros contactos, los realizados con José Antonio Balbontín provocan la decisión del pequeño Partido Social Revolucionario de incorporarse al comunismo. Mientras este primer éxito se consolida, tiene lugar la aproximación al PCE de Ramón Sender, posiblemente convencido de que la confusión del periodo anterior, a que aún se refería en el artículo de *La Libertad* de 1 de diciembre, se estaba disipando y que, en consecuencia, cabía esperar un giro en el PCE congruente con lo que representaba el gran referente externo, la construcción del socialismo en la URSS.

Así, cuando *Mundo Obrero* elogia sus reportajes sobre Casas Viejas como obra de un escritor «anarquista», Sender se apresura a replicar con una carta, publicada el 30 de enero, donde rechaza de entrada tanto la calificación de anarquista que se le asigna como el propio encaje entre anarquismo y revolución. «He coincidido y coincido todavía hoy, con el apoliticismo de los anarquistas —añade—, sólo por entender que es muy secundaria la coyuntura de las elecciones democráticas y de los órganos de legislación burguesa, cuando es posible la lucha de masas». Sender apunta también otra idea que reitera en meses sucesivos y que enlaza con sus planteamientos revolucionarios de *Solidaridad Obrera* de abril de 1932: el papel que deben jugar los ayuntamientos rurales, una vez conquistados mediante las elecciones, en cuanto «órganos de gran capacidad revolucionaria». Son planteamientos heterodoxos que el periódico del PCE refuta escuetamente en días sucesivos, pero con una cordialidad que hace presagiar el acercamiento posterior.

El 7 de febrero de 1933, *Mundo Obrero* publica de nuevo «una carta del camarada Sender». Resulta plausible que los tratos fueran ya una realidad, porque las expresiones amistosas no eran lo habitual en el diario y menos cuando alguien se permitía algo tan insólito como mostrar desacuerdos sensibles respecto de la política de la Internacional Comunista y del PCE. Eso sí, Sender partía de una solemne declaración de proximidad a los comunistas: «si políticamente no estoy dentro de vuestros cuadros, prácticamente estoy a vuestro lado». Y doblaba el golpe con una rotunda profesión de fe marxista, acompañada por el rechazo no menos tajante de los planteamientos ideológicos del anarquismo:

Mi respeto y mi entusiasmo por la labor creadora de vuestro partido en la URSS no los he ocultado nunca. He intentado convencer siempre a los compañeros anarquistas de que la concepción marxista es la única que puede darles conciencia revolucionaria. [...] Creo que el espíritu libertario, llevado a la lucha de clases como orientador, es un veneno intelectual y sentimental burgués que embriaga a los obreros con la ilusión de lo absoluto e inaccesible para hacerles olvidar sus objetivos inmediatos de la lucha, sin los cuales será imposible seguir avanzando. (*Mundo Obrero*, 7 de febrero de 1933)

EL LUGAR DE SENDER

Validez del marxismo como teoría revolucionaria *versus* negatividad radical de la aspiración anarquista a lo absoluto. Los obreros revolucionarios deben abandonar el idealismo, igual que los burgueses dejan fuera de sus consejos de administración otro idealismo, el cristiano, si aquéllos quieren alcanzar la revolución. Es de nuevo, como en *Siete domingos rojos*, una cuestión de vida o muerte. Sólo la dictadura del proletariado y lo que Sender considera la forma histórica del gobierno soviético, el gobierno obrero y campesino, pueden lograr la «desaparición y muerte» de la burguesía. Se trataba de encontrar un instrumento de ejecución eficaz y éste está trazado por el método de Marx y el modelo soviético.

Quedan, no obstante, las dudas. Ahora sobre cuestiones concretas, pero nada desdeñables. En primer término, está el papel, excesivo, que el PCE se autoasigna para hacer la revolución, en vez de limitarse a dirigirla. Pero sobre todo cuenta la sorprendente valoración de Rusia como «conservadora», aunque sea de la revolución propia, lo cual enlaza con la acusación inmediata de rigidez a la política aplicada a los diferentes partidos comunistas. No se explicita la dependencia, pero la vinculación entre ese supuesto conservadurismo ruso y la ausencia de matices en las políticas comunistas nacionales advierte sobre la localización del problema:

¿No hay motivos para pensar que en algún momento no se ajuste a la realidad revolucionaria española, por ejemplo, donde la posición tiene que ser activa y combatiente, ajustada a una línea capitalista y burguesa, que tiene sus entrantes y salientes propios, sus sinusoidales características?

Es un clase contra clase modulado según los rasgos y los comportamientos de las clases en conflicto. Y también por una curiosa supervivencia del comunismo libertario, ya que si Sender acepta el antiparlamentarismo comunista piensa en cambio que el municipio ofrece una plataforma útil para la lucha de clases en el sector agrario. En lo fundamental, resume Sender, está *al lado del PCE* «y lucho contra el enemigo», la burguesía capitalista.

En las semanas que siguen, *Mundo Obrero* reproduce la serie de respuestas oficiales, muy posiblemente redactada por el propio Codovilla, donde se refutan lógicamente las objeciones de Sender, con abundante apoyo de citas sagradas. El tono sólo se eleva frente a la consideración de la URSS como conservadora, que el portavoz oficial juzga «un error completo, inadmisibles» (*Mundo Obrero*, 23 de febrero de 1933). Lo que contaba era el valor simbólico del acercamiento de Sender, valorado como una muestra de la capacidad de atracción que ahora ejercía el partido. Dato complementario: *Mundo Obrero* anuncia la publicación como librito de los reportajes sobre Casas Viejas, la «Tormenta del Sur» que antes apareciera en *La Libertad*.

En realidad, el atractivo no lo ejercía el PCE, sino la construcción del socialismo en la URSS, que desde fines de los años 20 venía constituyendo un valor en alza para todo tipo de observadores extranjeros. Con «el socia-

lismo en un solo país», la URSS superó la imagen inicial de amenaza para la seguridad del mundo burgués y asumió el carácter de un gigantesco experimento social, algunos de cuyos rasgos —los planes quinquenales— parecían incluso susceptibles de ser introducidos para la racionalización de un capitalismo en crisis. Fue disociándose de este modo la imagen de la URSS de las alborotadoras secciones nacionales, aunque a la larga aquella acabase favoreciendo a las segundas. Además, la URSS aprendió el viejo ejemplo del príncipe Potemkin, para mostrar muy bien aquello que podía atraer a los extranjeros —burgueses o revolucionarios—, esconder lo que debía ser escondido y prometer correcciones en lo que no podía ocultarse. La fórmula, que se mantendrá hasta los años finales del «socialismo real», consistía en enseñar a los visitantes individuales aquello que convenía, de acuerdo con lo que el visitante representaba para la IC, de modo que creyesen contemplar todo lo que deseaban, sin darse cuenta de lo que se hurtaba a su mirada. Fue toda una técnica de la invitación política, donde también contaba la complicidad inducida, con un trato excepcionalmente favorable que el visitante aceptaba, transfiriendo, sin pensárselo más, esas condiciones de vida positivas de que gozaba al conjunto de la población soviética. Uno de los más célebres viajeros españoles de los años 30, el socialista Julián Zugazagoitia, nos cuenta en su *Rusia al día* cómo el caviar no le faltó desde su paso por la embajada soviética en Berlín. Detrás del telón quedaba la hambruna del pueblo soviético, que ese año se cobraba cientos de miles de víctimas. «Éste es el único país donde los escritores no se mueren de hambre», proclamaba desde Moscú en diciembre de 1932 Rafael Alberti, en el primer paso de su larga trayectoria como viajero de la revolución (*Mundo Obrero*, 10 de febrero de 1933).

En el caso del viajero Sender, intentan transmitirle la impresión de que en la URSS existe una amplísima libertad de debate. Ejemplo: ni más ni menos que las depuraciones del PCUS, presentadas como un ejercicio colectivo de autocrítica, donde no se libraría de una posible acusación ni el mismísimo Stalin. Hay también órganos encargados de limpiar el país de cualquier residuo burgués, siempre dentro de un derecho ilimitado de intervención para todo el mundo. Embelesado, Sender concluye: «Lealmente hablando, yo no puedo imaginar qué es lo que un obrero auténtico podría decir contra Stalin» (*Madrid-Moscú*, Madrid, 1934, p. 124). La URSS es, para Sender, un régimen de lo que después se llamará autogestión obrera. De este modo se concilian los viejos valores anarquistas con la nueva fidelidad. «Aquí el Estado es el mismo proletario», subraya (p. 129). No cuentan la administración burocrática ni el partido. Los órganos de poder son el cuartel, la fábrica y el *koljós*. «Obreros, soldados y campesinos están en una relación permanente». Los comunistas ganan menos que los sin partido: lo suyo es un sacrificio consciente. Es el imperio del trabajo. Por eso cree ver en la construcción del socialismo en la URSS un proceso en crecimiento constante, en la medida es que es endógeno su funcionamiento, por contraste implícito con el tipo de acción de un partido comunista

EL LUGAR DE SENDER

que contempla en España, donde todo parece entregarse a la iniciativa del partido. El elogio desmesurado de Sender tiende en definitiva a bosquejar un modelo alternativo. Si los soviéticos le enseñan lo que ellos quieren, también él ve lo que quiere ver:

Es necesario ver personalmente todo esto para advertir hasta qué punto la construcción revolucionaria en Rusia no sólo no podrá ya nunca retroceder, sino ni siquiera estacionarse. El obrero, el soldado y el campesino tienen un instinto de creación formidable. Desde España parece que es la iniciativa del partido comunista quien lo hace todo. Aquí se ve con cierta sorpresa que el partido comunista no tiene otra misión que encarrilar la capacidad constructiva de las masas. El partido está en una posición que se podría llamar «de servidumbre». [...] No hay ya en el mundo —concluye— fuerzas capaces de oponerse a todo esto. La construcción soviética sigue adelante [...]. (p. 129)

Al abandonar la URSS, Sender dirige como despedida «a los camaradas de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios» la famosa carta de 4 de julio de 1933 que reproduce el nº 4-5 de la revista *Octubre*:

Ahora, después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no sólo definitivo, sino inquebrantable. Después de todo lo que aquí he visto, no hay razón para que un intelectual esté indeciso. En la trinchera hay un uniforme y un fusil más... Al llegar aquí era un intelectual. Hoy es un soldado del frente de lucha y de la edificación socialista el que os deja. (p. 6)

Puede añadirse que Sender llevaba en la mente la militarización de su propio pensamiento y lo que hace es encontrar el ejército que buscaba para enrolarse. Pero por debajo de la fascinación y del entusiasmo las diferencias de fondo se mantenían.

Tenemos noticia de ello por el informe sobre el viaje de Sender que el delegado-tutor Codovilla remite al Secretariado de los Países Latinos de la IC a principios de agosto de 1933 (recibido en Moscú y registrado el 22 de agosto). Al parecer, las crónicas de Sender sobre la URSS han tenido «una gran repercusión entre la masa trabajadora, y especialmente entre los obreros anarquistas» (Instituto de Marxismo-leninismo, 495-32-218). Pero le informan de que sus opiniones presentan «algo de extraño», por lo cual Codovilla llama a Vicente Uribe a fin de entrevistarse con Sender. Los resultados de la entrevista le permiten conocer las nuevas dudas o «cuestiones oscuras» que vuelven a perturbar el ánimo precomunista del escritor.

Lo peor es que Sender se ha dado perfecta cuenta de cómo funciona la Internacional Comunista y a partir de ahí formula sus críticas, no hacia el Partido Comunista de la URSS —«sobre el cual hacía nada más que alabanzas»—, pero sí hacia el PCE y la IC:

[...] No podía decir lo mismo en lo que respecta a la IC. Propiamente dicho —según él— la IC no tiene hombres capaces de dirigirla, y es un simple apéndice del Partido Ruso. Por consiguiente, la IC da órdenes —son sus

ANTONIO ELORZA

propias palabras— inspiradas por el Partido bolchevique que piensa «en ruso» y por consiguiente no conoce la situación de los otros países, de allí, dijo, provienen los errores de táctica que cometen los partidos de los otros países.

Y por si las cosas no estaban claras, Sender pone como ejemplo el fracaso de la táctica de frente único «por querer aplicarla a la base», provocando la discordia y no la unión de los trabajadores.

Como consecuencia, los partidos nacionales, para Sender, debían gozar de autonomía. En el caso del PCE, «para que éste pudiera adaptar su táctica a la realidad nacional». España no era Rusia «y aquí la revolución podía seguir por cauces distintos a los de Rusia». El PCE, para terminar, debía ser más flexible y abandonar las acusaciones de socialfascistas a los jefes del PSOE y de traidores a los anarquistas.

Es decir, que, salvo en el elogio a la URSS, Sender discrepaba de todos y cada uno de los puntos que definían la estrategia política del PCE, y censuraba por añadidura su dependencia ciega respecto de la IC y de ésta en relación con el PCUS. Ante tal aluvión de discrepancias, Codovilla optó por repetir la táctica de febrero, refutando uno a uno «la falsedad» de los argumentos de Sender. Éste fue replegándose paso a paso. Y de ahí a las confesiones, relatando su estancia en París, con el incidente de su conversación con un ex dirigente del Komintern, alineado con la Izquierda Comunista. Es lo que describe de modo confuso en las dos últimas páginas de *Madrid-Moscú*. Treint le anuncia la próxima constitución de la IV Internacional y la llegada a Europa de Trotski para acelerar el proceso. «El hecho ocurrido con Sender —comenta Codovilla, futuro implicado en la preparación del asesinato de Trotski en México— demuestra cómo la canalla trotsquista está alerta y trata por todos los medios de hacer daño a la URSS y al movimiento comunista internacional». Pero sus sospechas van más lejos y piensa que tal vez el encuentro de París estaba ya preparado desde el interior de la URSS: era preciso, pues, revisar todos los contactos que Sender pudo tener en el país de la depuración autogestionada. El escritor no pudo imaginar que sus informaciones darían quizás la base para un acto de represión estaliniana.

A pesar de todo ello, Codovilla le juzga «utilizable». Puede servir ante todo, a su juicio, para formar un «movimiento puente» con los anarquistas.

LA REVOLUCIÓN COMO ESQUEMA

La ocasión no tardaría en llegar para esa utilización. En enero de 1934 comienza a publicarse en Madrid el diario *La Lucha*, con Sender como director (cargo que abandona el 24 de febrero, por razones desconocidas). Es un órgano de frente único, pero sobre todo es un periódico de combate que sufre constantes recogidas y procesos. En la colección incompleta que hemos manejado, de la Hemeroteca Municipal de Madrid, hay artículos

EL LUGAR DE SENDER

de Sender, unos firmados y otros con el pseudónimo transparente de «Espartaco», que permiten estimar el alto grado de adecuación a las posiciones comunistas del momento. Sigue el «clase contra clase» y la fórmula del frente único por la base no ha cambiado, pero se intensifican los llamamientos a las demás fuerzas obreras. Es el aspecto en que van a insistir los artículos de Sender.

El más sugestivo es, obviamente, el menos programático. En la «Carta a los anarquistas presos», «Espartaco»/Sender hace el balance del último fracaso anarcosindicalista, el del levantamiento centrado en Aragón de diciembre de 1933. «Los anarquistas aparecéis organizados para el fracaso y sobre él», les amonesta. Lo único que consigue la CNT en su camino insurreccional bajo dirección anarquista es dar muestra de «una gran acometividad», pero ni siquiera constituyen una amenaza para la sociedad burguesa. La represión gubernamental contra los anarquistas suscitará la protesta social. Pero lo que Sender propone es la formación de un gran movimiento unitario de «todo el proletariado aliado con los campesinos». Es ese gran frente único el sujeto de la revolución y, por consiguiente, la posibilidad de que surja de la alianza entre comunistas y socialistas lo que sirve de amenaza contra la burguesía. «Saben que destruir todos los poderes es una utopía, mientras que conquistar el poder político y ejercerlo por la dictadura revolucionaria de una clase, con órganos democráticamente constituidos (*sic*) es una posibilidad que depende sólo de la unión de los trabajadores de todas las tendencias» (*La Lucha*, 30 de enero de 1934).

Los demás artículos sobre el frente único son ya carentes de originalidad. Cuentan con mejores palabras la consigna de Stepanov sobre la formación imprescindible de comités de fábrica, de taller, de cortijo, para agrupar a las masas de cara a la revolución. La confrontación entre estas fuerzas y las de la burguesía sigue siendo vista desde una perspectiva militar, como un juego de ataque y defensa. Siempre teniendo en cuenta la prioridad de la ofensiva, como en los artículos de 1932. La revolución comunalista aflora de cuando en cuando. Así, al valorar el papel de los comités locales de frente único («son los únicos capaces de transformarse en auténticos órganos de la lucha por el Poder, y finalmente, de ejercer el Poder mismo», *La Lucha*, 9 de febrero de 1934).

Los órganos de frente único son los auténticos sujetos revolucionarios, incluso desde una perspectiva general, según argumenta en un artículo de crítica a la concepción revolucionaria de Largo Caballero («Una revolución en voz baja y en puntillas», *La Lucha*, 30 de enero de 1934). La revolución no puede ser un golpe de Estado y, siempre desde la óptica militar de la confrontación de clase, serviría de pretexto para un golpe de Estado opuesto, de signo fascista. En definitiva, la revolución surge como resultado de una previa articulación de órganos de poder formados desde la sociedad. Es una revolución de tipo soviético, no de tipo bolchevique. «De ellos y únicamente de ellos —de los comités de frente único—, puede salir todavía, en periodo de lucha, el órgano de lucha capaz de sostener

ANTONIO ELORZA

unificado y en avance constante el esfuerzo de las masas trabajadoras por su emancipación» («Órganos del poder», *La Lucha*, 17 de febrero de 1934).

Del punto de partida revolucionario ligado al anarcosindicalismo sigue en pie la concepción militar de la lucha de clases, la prioridad otorgada a la ofensiva bien organizada, la preocupación por designar los órganos de poder, que obviamente ya no son ni el sindicato ni el municipio revolucionario, pero que en ningún momento, por lo menos en los artículos reseñados, es el Partido Comunista. Pervive el apoliticismo de fondo, frente a la institución republicana, al Parlamento y a la forma partido.

Como revolucionario en busca de organización, Sender había dado el paso espectacular desde la CNT en dirección al Partido Comunista, pero tampoco tiene lugar aquí un encaje satisfactorio, a pesar del deslumbramiento que le produce la Rusia soviética. El silencio cuenta a la hora de valorar las tomas de posición políticas y nada más elocuente a este respecto que el vacío que sigue a la experiencia militante de *La Lucha*.

ANEXO DOCUMENTAL INFORME DE CODOVILLA AL SECRETARIADO DEL KOMINTERN

Sender: En estos días ha llegado Sender. Sus artículos sobre la URSS han tenido una gran repercusión entre la masa trabajadora, y especialmente entre los obreros anarquistas. Eso ha producido en torno a él una cierta aureola de popularidad. Los compañeros del Partido que se entrevistaron con él, encontraron sin embargo en sus conversaciones algo de extraño. Manifestaba una serie de reservas respecto de la línea política de nuestro Partido y de la IC. No así del Partido de la URS sobre el cual hacía nada más que alabanzas. Combiné una entrevista con él —con la presencia de Uribe— a objeto de conversar sobre sus proyectos futuros, y para atraerlo al trabajo del Partido.

Desde el comienzo de la entrevista asumió una actitud de «reserva», que luego se fue transformando en crítica a la línea del Partido español y de la IC. Planteó algunas cuestiones, que dijo ser obscuras para él, con el deseo de aclararlas. Las resumo: 1° que en la URS había podido constatar el papel decisivo del Partido Bolchevique en lo que respecta a la construcción del socialismo, la capacidad de sus hombres dirigentes —que saben lo que quieren y dónde van—, pero que no podía decir lo mismo en lo que respecta a la IC. Propiamente dicho —según él— la IC no tiene hombres capaces de dirigirla, y es un simple apéndice del Partido Ruso. Por consiguiente la IC da *órdenes* —son sus propias palabras— inspiradas por el Partido bolchevique que piensa «en ruso», y por consiguiente no conoce la situación de los otros países, de allí, dijo, provienen los errores de táctica que cometen los partidos de los otros países. La falta de flexibilidad y de iniciativas propias, de las secciones de la IC, han hecho que tácticas justas como la del frente único, por querer aplicarla a la base, hayan sido motivo de discordia y no de unión entre los trabajadores. Con eso —decía Sender— no quería afirmar que los trotskistas tuviesen razón en sus críticas sobre la forma de aplicar el frente único en Alemania, pero que sin embargo era preciso reconocer que a causa del sectarismo de las secciones de la IC la táctica de frente único había fracasado. Segunda cuestión: que era preciso que la IC dejara más autonomía al Partido Comunista español para que éste pudiera adaptar su táctica a la realidad nacional. España —dijo Sender— no es Rusia, y aquí la revolución podría seguir por cauces distintos a los de Rusia. El Partido, para transformarse en una organización de masas, siguiendo el ejemplo de «Lenin», debía hacer concesiones a los adversarios y ser más flexibles con los principios si quería atraerse a los obreros anarquistas y socialistas. Dijo que eso de llamar a los jefes socialistas socialfascistas no era justo, menos aún lo de llamar traidores a los anarquistas.

EL LUGAR DE SENDER

Rebatidos los argumentos y demostrada su falsedad, Sender fue abandonando poco a poco sus posiciones, y reconoció que sus acusaciones carecían de fundamento y en gran parte en contradicción con sus mismos artículos. Le demostramos que sus argumentos —posiblemente sin que él lo supiera— procedían del arsenal contrarrevolucionario del trotsquismo, y que de sostenerlos, los llevarían a una posición anticomunista. Así lo reconoció Sender y entonces nos hizo una confesión que es muy importante.

Nos dijo que llegado a París de vuelta de la URS fue a visitarlo un amigo suyo español, ex miembro del Partido Comunista Francés, un tal Latorre, el cual después de hablarle de varias cosas, lo felicitó por su viaje a la URS, diciendo que posiblemente lo que había relatado en sus artículos sobre la URS era lo que él había visto, pero que hay cosas que pasan en el Partido Comunista Ruso y en la IC, que él no había podido ver, y que era preciso que conociera para formarse un criterio más imparcial sobre la URS. Después de esa conversación le presentó un camarada francés, ex dirigente de la IC —dirigente actual de la «izquierda comunista»— que lo invitó a una reunión. (El ex «dirigente» de la IC, resultó ser Treint). En esa reunión de trotsquistas —y en una o dos más en que asistió— Sender dijo que se hicieron varios informes sobre la situación en la URS y sobre el movimiento comunista internacional. Respecto de la situación en la URS, en esa reunión se dijeron todas las canalladas y sandeces conocidas. Y en lo que respecta al movimiento comunista internacional, dijo que Treint, después de haber declarado que las secciones de la IC están en plena descomposición, afirmó en tono patético que había llegado el momento de obrar, que era preciso liquidar las disidencias internas de los diversos grupos trotsquistas, para pasar a constituir «partidos comunistas leninistas» en cada país, primer paso hacia la constitución de la cuarta Internacional. La presencia de Trotsqui en Europa —según Treint— debía servir para acelerar ese proceso.

Sender dice que después de haber oído esas manifestaciones se retiró indignado de la reunión. Pero como se ve el veneno trotsquista ya había empezado a hacer mella en su mentalidad de intelectual.

El hecho ocurrido a Sender demuestra cómo la canalla trotsquista está alerta y trata por todos los medios de hacer daño a la URS y al movimiento comunista internacional. ¿Es que lo que Sender llama encuentro casual con Latorre, no será un encuentro organizado por alguien desde la URS? No estaría de más si ustedes hicieran una investigación allí para ver con qué clase de elementos ha tenido contacto Sender.

De todos modos creemos que Sender debe ser cultivado y que llegaremos a ganarlo completamente para el Partido. Después de nuestra conversación demostró haberse convencido plenamente de la justeza de la línea de nuestro partido y de la IC. Se puso a nuestra completa disposición para ser utilizado en el trabajo que se crea más necesario. Desde luego aceptó con entusiasmos la proposición de trabajar en los medios anarquistas, para crear un «movimiento puente» hacia el partido.